



DICASTERIUM
DE CULTURA ET EDUCATIONE

II. PREFETTO

Prot. N. 06373/2026

(*Hic numerus in responsione referatur*)

Ciudad del Vaticano, 2 settembre 2026

Mensaje del Dicasterio para la Cultura y la Educación
Con ocasión de la inauguración de ARTCUT — Trienal de Arte de las
Universidades Católicas
Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago

Hace más de un siglo, una joven filósofa llamada Edith Stein —después santa, después doctora de la Iglesia— dedicó su tesis doctoral a una pregunta que hoy vuelve a ser urgente: ¿cómo es posible conocer verdaderamente al otro, sin reducirlo a un simple reflejo de mí mismo? Stein advirtió el riesgo de toda empatía mal entendida: si en el rostro ajeno solo reconozco proyecciones de mi propia interioridad, entonces nunca salgo realmente de mí; el otro sigue siendo, en el fondo, un espejo. Por eso insistió en una humildad constitutiva: nunca vivimos el dolor o la alegría del otro tal como el otro los vive; los vivimos *como perteneciéndole a él*. Esa distancia respetuosa, esa reverencia ante lo que del otro permanece inaccesible, es lo que convierte la empatía en conocimiento verdadero y no en apropiación. El Papa León XIV, en su Encíclica *Magnifica humanitas*, ha vuelto sobre esta misma frontera al advertir que una inteligencia artificial puede imitar los signos externos de la comprensión, pero no puede habitar el territorio afectivo, relacional y espiritual donde un ser humano, verdaderamente, se encuentra con otro ser humano. Simular no es encarnar. Y solo lo encarnado puede, de verdad, acompañar.

Chile ha sabido convertir esta intuición en palabra mayor. Pienso en Gabriela Mistral, que entendió que educar y amar son, en el fondo, el mismo gesto: inclinarse hacia el

otro no por deber, sino porque en esa inclinación se juega la posibilidad misma de un mundo más justo. Mistral sabía que la ternura no es debilidad, sino la forma más exigente de la fuerza: la que renuncia a la propia comodidad para hacer sitio a la vida ajena. Pienso también en Raúl Zurita, que ha llevado la empatía hasta sus últimas consecuencias poéticas, escribiendo el dolor de su pueblo en el cielo de Nueva York, en el desierto de Atacama, en los acantilados del país entero, como si la única manera de honrar el sufrimiento humano fuese inscribirlo allí donde nadie pudiera después decir que no lo había visto. En Zurita el paisaje mismo se convierte en cuerpo doliente, en memoria compartida: la piedra, la arena y el cielo se hacen empáticos con el hombre. Entre Mistral y Zurita, entre la ternura y la herida, se dibuja el arco entero de lo que esta Trienal quiere celebrar.

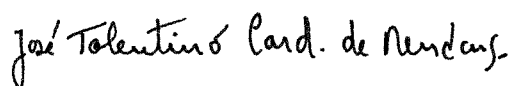
Porque el arte, cuando es verdadero, opera exactamente esta conversión: nos obliga a detenernos. Ante una obra no podemos apresurarnos a clasificar, a juzgar, a instrumentalizar; estamos invitados, más bien, a la espera, a la escucha, a dejar que algo distinto de nosotros nos interpele antes de que lo comprendamos del todo. San John Henry Newman decía que la vida universitaria, en su forma más alta, enseña a los estudiosos —orgullosos cada uno de su propio saber— a respetarse, a consultarse, a ayudarse mutuamente. La Trienal traslada esta misma lección de las disciplinas a las personas, de las cátedras a los rostros: es un ejercicio de la mirada que nos desplaza del centro y nos sitúa, por un instante, en el lugar del otro.

Quiero expresar, con todo el corazón, mi gratitud al Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Prof. Juan Carlos de la Llera, por haber acogido este proyecto con la generosidad de quien reconoce en él una vocación propia. A todo el equipo de la Universidad, que ha trabajado para que hoy todo pareciera simple, cuando sabemos que no lo fue. Al curador general de ARTCUT, Prof. Nuno Crespo, arquitecto de esta red que hoy une siete universidades y tres continentes bajo una misma palabra. A Alexia Tala, curadora de esta sede de Santiago, por haber sabido escuchar —y hacer escuchar— a cada uno de los artistas reunidos aquí. Y a los artistas mismos, verdaderos maestros de empatía, que nos enseñan, cada uno a su manera, el arte difícil y necesaria de salir de nosotros mismos.

Gracias, en fin, a cuantos creyeron en este proyecto cuando todavía era solo una intuición: a quienes lo soñaron, a quienes lo sostuvieron en el tiempo, a quienes hoy, con su sola presencia, le dan cuerpo y verdad.

La Pontificia Universidad Católica de Chile ocupa, desde hace más de un siglo, un lugar irrenunciable en la vida cultural, intelectual y espiritual de este entreñable país y de todo el continente. Una universidad católica, como recordaba san Juan Pablo II, nace del corazón mismo de la Iglesia; no es solamente un lugar donde el saber se transmite, sino una comunidad donde el saber se encarna, se comparte, se pone al servicio de la persona concreta. Al abrir sus puertas a esta Trienal, la Universidad reafirma lo mejor de su vocación: ser un espacio donde el rigor de la ciencia y el cuidado del alma no compiten, sino que se necesitan; donde la verdad, para ser verdaderamente humana, tiene que dejarse tocar por la belleza.

Que esta exposición sea, para quienes la recorran, un verdadero ejercicio de empatía: que despierte el deseo de mirar al otro no como un dato ni como una función, sino como un misterio que merece ser acogido con reverencia. Y que esta estación chilena de la Trienal sea también un signo de esperanza: la prueba viva de que, incluso en un mundo fragmentado, todavía es posible tejer —entre personas, instituciones y culturas distintas— una red de sentido, de belleza y de fraternidad.



José Tolentino Card. DE MENDONÇA
Prefecto